

II.

De quien era el señorito y de lo que trataba con la mala jente en la casa de Tlaltelolco.

A lluvia seguia cayendo en abundancia y produciendo un rumor triste sobre los techos inválidos de la arruinada casa.

El viento habia cesado, pero los relámpagos, los rayos y los truenos eran á cada momento mas frecuentes.

El Señorito, como le habian llamado aquellas jentes, tomó la palabra con todo el aplomo de un gran orador, y sin separar su brazo del cuello de la Apipizca, comenzó su discurso.

—Hace ya muchos dias—dijo—que estamos en espera de una oportunidad para hacer cambiar nuestra suerte: vosotros debeis estar pobres, y á mí comienzan ya á escasearme los recursos.

Todos movieron la cabeza en señal de asentimiento.

—Pero hé aquí—continuó el Señorito—que se nos viene á las manos uno de esos buenos negocios, uno de esos lan-

ces que nos puede sacar de apuros por muchos años: ¿es tais listos para ayudar?

—Sí—dijo el Camaleon.

—Se trata de dar un golpe al rico marqués de Rio-florido que tiene en sus cajas muchos pesos, muchas onzas, muchas alhajas y una soberbia vajilla de plata. ¿Qué tal bocado?

Los ojos de aquellos hombres despidieron un relámpago como si hubieran tenido delante todo aquel tesoro.

La muchacha acarició con ternura el rostro del Señorito: aquella noticia la habia vuelto amorosa.

—Pero el negocio tiene sus dificultades; el marqués es hombre muy precavido, y á lo que se dice, valiente; la servidumbre no es numerosa pero sí fiel, y seria preciso dar una batalla si quisiéramos tomar la plaza por fuerza.

—¿Entonces? . . . dijo uno.

—Oid, que llevo ya andada la mitad del camino, porque soy como el jefe de esta empresa, y tengo de hacer lo mas.

Los hombres se movieron como para escuchar mejor, la Apipizca se acercó mas al Señorito y el Pinacate arrojó á la hoguera otra raja de leña.

El ruido de la lluvia continuaba, y dentro de la estancia sonaba monótono el golpe del agua que filtrándose por el viejo techo caia acompasadamente sobre el pavimento.

—Como sabeis, nadie conoce en México mis relaciones con vosotros, y yo paso en la ciudad por D. Guillen de Pe-reyra, que vive de sus réditos y de sus haciendas: esto me abre las puertas de la sociedad y tambien me ha facilitado entrada á la casa de D. Manuel de Medina, marqués de Rio-florido. El viejo es rico, avaro, y casi misántropo: su hija D^a Inés tiene otro carácter; no es ya jóven, ni vieja todavía,

pero es bella, bien formada, y sobre todo, una de las mujeres mas ardientes que he conocido; por su edad no está ya en estado de tener galanes, á pesar de que como os he dicho, es fresca y hermosa, pero de seguro que nadie la apetece para su mujer, sobre todo, por las historias que se cuentan aquí de España: yo entré á su casa; por no dejar la dije una galantería, que me gusta, aunque no para esposa; oyóla con agrado, y hé aquí que de la noche á la mañana me encuentro en la mas ardiente correspondencia con ella, que á decir verdad, tiene lo menos diez años mas que yo de vida.

—Seducor—dijo la Apipizca tomando con sus deditos uno de los labios del jóven—así te burlaste de mí cuando era yo inocente.

—Calla, Marta, no hables de eso, que yo tambien lo era y tanto perdiste tú como yo.

La jóven se sonrió de una manera maliciosa y el Señorito continuó:

—D^a Inés está loca por mí, y se lo creo, porque como yo nada siento, puedo juzgar imparcialmente de su amor; pues bien, en ese amor está fundado mi plan; dentro de muy poco tiempo seré dueño enteramente de su voluntad, y entonces la pediré que me abra la puerta de su casa á la media noche, y cuando todos esten durmiendo; ¿entendeis?

—Sí—dijeron todos.

—En ese caso entraré dejando como por descuido abierta la entrada por donde vosotros os colais bonitamente y sujetais al viejo y á la servidumbre; si D^a Inés nada advierte, que esto dependerá de la situacion de las piezas de la casa, bien, adelante: si algo siente, salgo, os batís conmigo, me desarmais, me atais y punto concluido; ella nada sospechará de mí, y por cuidar de su honra, cuidará muy

bien de no descubrir á nadie que estaba yo á esas horas en su cámara; ¿qué tal?

—Perfectamente, ¿y cuándo se dará el golpe?—dijo el Camaleon.

—Yo os lo avisaré, ya diciéndolo á alguno de vosotros, ya por medio de Marta que me ayudará en esto; ¿es verdad, jitanilla linda?

—En cuanto quieras, buen mozo; que me gustas como siempre.

—Porque he pensado—continuó Pereyra—que Marta entre á servir á D^a Inés para tener allí un aliado más.

—Pero si nunca he servido—dijo Marta haciendo un dengue que indicaba contrariedad—no sé.

—No le hace, aprenderás.

—¿Y así me podrán recibir? tan pobre, sin zapatos, sin...

—¿No tienes mas ropa?—preguntó Pereyra.

—¿Mas ropa? mira como están ahora mis galanes y mi querido y dime si podré tener otra ropa.

Y Marta con un cinismo impropio de su edad, señalaba á todos aquellos truhanes.

—No importa, mañana mismo te planto como una duquesa y te alecciono en el papel que vas á desempeñar y en el modo con que debes entrar á la casa del marqués.

—¿Y mi madre?

—Déjala en paz.

—No, ¿por qué la he de abandonar? ¿quién la mantiene?

—Corre de mi cuenta, te prometo enviarla tanto pulque y tanto aguardiente que no alcance á tomárselo en los años que le falten de vida.

—Entonces estoy conforme, ¿tú la hablas, buen mozo?

—Yo la hablo, ya sabes, no mas le digo: necesito llevar-

me á Marta á que pase unos dias á mi lado, y nada replicará.

—Muy bien.

—Mañana espérame en tu casa, muy limpia y muy bien peinada, porque yo enviaré la ropa muy temprano y luego iré á verte para que tomes la leccion.

—Perfectamente.

—Vaya, hemos concluido, ¿no tienen por ahí un trago de algo? porque la noche está fria y húmeda.

—Solo aguardiente—dijo el Pinacate—que lo tenia oculto por si veniais, pues sé que os gusta echar un trago.

—Venga.

El Pinacate se levantó seguido de las codiciosas miradas de todos aquellos hombres y dirigiéndose á un rincon sacó de debajo de una vieja manta una botella.

—Aquí teneis—dijo presentándola á Pereyra.

El jóven la recibió, quitó el tapon y en vez de tomar, acercó la boca de la botella á la boca de Marta.

—Endúlzamela—dijo.

La jóven quiso tomar la botella.

—Por mi mano—dijo Pereyra, y la jóven aplicó los labios á la botella y dió tres ó cuatro grandes tragos.

D. Guillen la llevó luego á la boca y bebió.

—Magnífico—esclamó—sabe á labios de muchacha bonita.

La lluvia parecia haber cesado, y apenas se escuchaba como un murmullo lijerísimo.

—Me voy—dijo el Señorito levantándose—ya no llueve, y todos vosotros estais ya advertidos.

—Sí, contestaron todos.

—¿Y yo me quedo?—preguntó Marta, cuyos ojos comen-

zaban ya á tener el brillo de la exaltacion que le producía el licor, y cuyas mejillas se teñian de un suave carmin.

El Señorito la miró sonriéndose, y luego contestó:

—No.... no.... te has puesto muy animada y muy bonita con ese trago, y seria lástima que te quedaras entre estos hombres: vámonos, te llevaré á tu casa.

La muchacha, medio vacilante, tomó su manto mientras el Señorito se ponía su sombrero y el ferreruelo, y luego pasando uno de sus brazos al derredor de la cintura del jóven, salió apoyándose en él.

Los hombres les vieron salir, despues se asomaron por una de las ventanas, y cuando estuvieron seguros de que ya estaban fuera de la casa volvieron á sentarse como estaban antes.

—Pues mal nos trata el Señorito—dijo el Camaleon.

—Toma, y tú que siempre sales por él—contestó el Pinacate.

—Sí, es cierto, pero esta noche me ha podido que así, no mas por bien plantado, se llevó á la Apipizca cuando yo la habia hecho venir.

—Por eso se la llevó, por no dejarla en tus manos.

—Sí, porque dice que le parecia bonita; esta noche, cuando él ya la habia abandonado hace mucho tiempo.

—¡Bah! mañana lo verás.

—Eso es, cuando esta noche estoy pensando que él se la lleva.

—¿Sabes, Camaleon, que me parece que tienes celos por la Apipizca?—dijo riéndose el Cupido.

—Puede ser, porque hace algunos dias que la estoy queriendo, y ya me habia yo acostumbrado á que no mas fuera mía.

—¡Eres un loco!

—Otras le he pasado al Señorito, pero esta me la paga.

—Como no le *claves* al torcer una esquina, no creo que tú ni ninguno de nosotros se le pare de frente.

—Ya se vé, pero yo sabré lo que hago.

—¿Qué?

—¿Me juran todos seguir un plan muy bueno que me ha ocurrido para salir de pobres y quitarnos al Señorito?

—Sí.

—Pues júrenmelo.

Todos aquellos bandidos se quitaron respetuosamente el sombrero y besaron la cruz que habian formado con los dedos de la mano derecha.

—Maldita sea el alma del que falte ó *cante*—dijo Camaleon.

—Maldita—repitieron todos.

—Pues oigan—continuó Camaleon—¿recuerdan lo que nos dijo el Señorito? entramos á la casa del marqués, sacamos lo necesario y luego nos repartimos; aquí esta lo mejor; él sin esponer nada porque hasta la salida busca de que le hemos de desarmar, toma como siempre la mejor parte, ¿por qué hemos de ser tan tontos? una vez desarmado, le matamos, y todo el botin para nosotros.

—¿Pero y si se resiste? dijo el Cupido.

—No se resistirá, porque él mismo nos ha dicho que le desarmemos, y en la creencia de que le vamos á obedecer, se deja, y despues. . . . en un *decir Jesus* le dejo mas muerto que está mi padre.

—Bueno, bueno—dijeron todos.

—Ahora silencio—y cada uno se *largó* á su casa.

Y todos aquellos hombres se deslizaron como unas som-

bras en la oscuridad y solo quedó allí el Camaleon, porque allí tenia su guarida.

Entonces, tomando un gran cántaro lleno de agua lo vertió sobre la lumbre para apagarla.

Procuró cerrar los viejos batientes de las ventanas y de la puerta y arrebujado en una manta se acostó en uno de los rincones, despues de haberse santiguado devotamente.